

# MI GALLO

— ES EL —

# CHANCHO



Pancho de Piérola

CAPÍTULO 1

**DOS INCA KOLAS, POR FAVOR**

“Qué frío hace”, pensé. Qué frío hace en Lima, la tres veces coronada. Qué frío hace en Lima, ciudad de reyes, ciudad jardín. En Lima la gris, aunque por temporadas. Tu ciudad, mi ciudad, nuestra ciudad. Y justo al alcalde de Lima era a quien estaba yendo a visitar. No en el hermoso Palacio Municipal que está erigido en el centro, sino en su oficina de San Isidro. No era la primera vez que lo veía, ni tampoco sería la última que vería a Rafael López Aliaga.

Algunos años atrás, que más parecen otra vida o un mundo paralelo, cuando estaba trabajando en el canal 8, uno de mis colegas estaba próximo a entrevistar a López Aliaga en su programa, así que bajé a saludarlo antes de que apareciera en escena. En este oficio hay que saber moverse y si el invitado es reacio a acercarse, hay que ir a buscarlo para atraerlo con simpatía. Hay que buscar la convergencia entre el respeto y la conchudez, y tener como invitado al alcalde de Lima siempre es un gancho fuerte, más aun en una industria decadente como la televisión por cable.

Recuerdo que entré al cuarto de maquillaje, que era usado por conductores y entrevistados, y me lo encontré en el espejo. Una de las chicas que trabajaba como maquilladora le estaba aplicando un ungüento de boticario para quitarle el brillo a su rosado semblante y, un poco más arriba, echaba también un polvillo donde yacía el recuerdo de una frondosa cabellera.

Su cara en el reflejo era seria y determinante hasta que cambió de pronto, casi sin avisar. Más adelante me daría cuenta de ese detalle suyo: Porky es un hombre mayoritariamente risueño, aunque injustamente sea retratado a la inversa, prisionero de una perenne instantánea que poco o nada lo describe con la verdad. Iba, el alcalde, cubierto por un manto de peluquería para impedir que los químicos cayeran en la ropa. Mi primera impresión no fue ver a un político, sino a un hombre común. No se le veía distinto a todos los demás que habían pasado por la misma silla. Incluso a mí mismo.

“Yo te conozco”, me dijo a través del espejo. “Te he visto en redes. Qué bien que estés acá, porque hay muchos caviars en este canal”, continuó. La maquilladora no pudo evitar esbozar una sonrisa y yo no pude evitar seguirla. Me sorprendió la ligereza con la que podía ser frontal, sin temor a que el eco de sus palabras llegara a los oídos equivocados. Le agradecí por su comentario que además era muy cierto. “Solo bajaba a saludar”, le dije. “Ojalá puedas venir a mi programa en otro momento”, continué. “Claro que sí”, me respondió. Esta vez sin el espejo como interlocutor. “Tú sí dejas hablar. Vamos conversando”. Luego hizo un ademán indicativo y le pidió a una persona que

## MI GALLO ES EL CHANCHO

estaba al costado que apuntara mi teléfono para estar comunicados. Me despedí amablemente y subí a mi oficina compartida para continuar preparando mi propio programa. Ese día comenzó nuestra amistad.

De vuelta al frío de San Isidro, subí por los dos ascensores separados que hay que tomar para llegar a su oficina. No era un edificio moderno. Los ascensores de los edificios funcionan como los círculos de los troncos de los árboles, como una forma arcaica para determinar su edad. “20 o 25 años”, pensé que sería la edad de la edificación. Me causó gracia que hubiera que tomar primero un ascensor al piso 4, luego caminar un trecho no menor para llegar a un segundo elevador y duplicar la altura. “¿Me van a pedir contraseña, también?”, pensé con cierta gracia. Su “Bunker”, como alguna vez lo llamó, era un espacio grande, pero sin llegar a ser ostentoso, con una decoración modesta. Un reflejo de su propia personalidad. Otras personas de su equivalencia profesional o política terminan construyendo castillos churriguerescos para llenar vacíos morales o emocionales. Pero él no. “A este chancho no le gustan las perlas”, pensé.

Siempre que he ido ha sido casi igual. La reunión es convocada a partir de las 10:30 pm, hora en que el alcalde llega después de haber estado en el palacio municipal o inaugurando alguna obra para los más necesitados. A los 15 minutos suele aparecer, aunque una vez me quedé dormido mientras lo esperaba pasada la media noche. Agotado, pero siempre con una sonrisa. “Perdón por la demora”, me dice uno de los hombres más poderosos del país. ¿Otro en su lugar haría lo mismo? No hay nada que perdonar, porque no hay nada que disculpar. Eso sí, voy a decirle que ponga unas revistas en la mesita de espera para que sus invitados puedan entretenerse, como si fuera consultorio de dentista. Que coloque un Condorito, unas historietas, una edición de La República o cualquier otro material que ofrezca comedia y/o fantasía.

“Dos Inca Kolas, por favor”, le pide a uno de sus asistentes. Nada de perrier o de evian. Nada que venga de La Rioja, La Toscana o La Borgoña. La bebida del Perú es lo que toma Porky, con un poco de hielo o helada de por sí. Siempre está vestido igual. Zapatos que parecen sacados de un recreo de primaria y harían desmayar a un diseñador, pantalón oscuro y camisa celeste. Parece un uniforme de colegio. Yo mismo me vestía así cuando tenía 13 años. A veces lo veo así. Pueril. Con ganas de jugar y de bromear. Pero la vida lo despierta y lo pone en su lugar. Un lugar en un camino que él no ha elegido, sino que se le ha presentado por la providencia y del que no puede escapar. A veces, en confianza, se le escapa la factura que le ocasiona el peso del destino. Una mirada perdiéndose y buscando escapar, pero al segundo vuelve en sí. Por obligación. Él mismo no se permite alejarse del camino que tiene en frente.

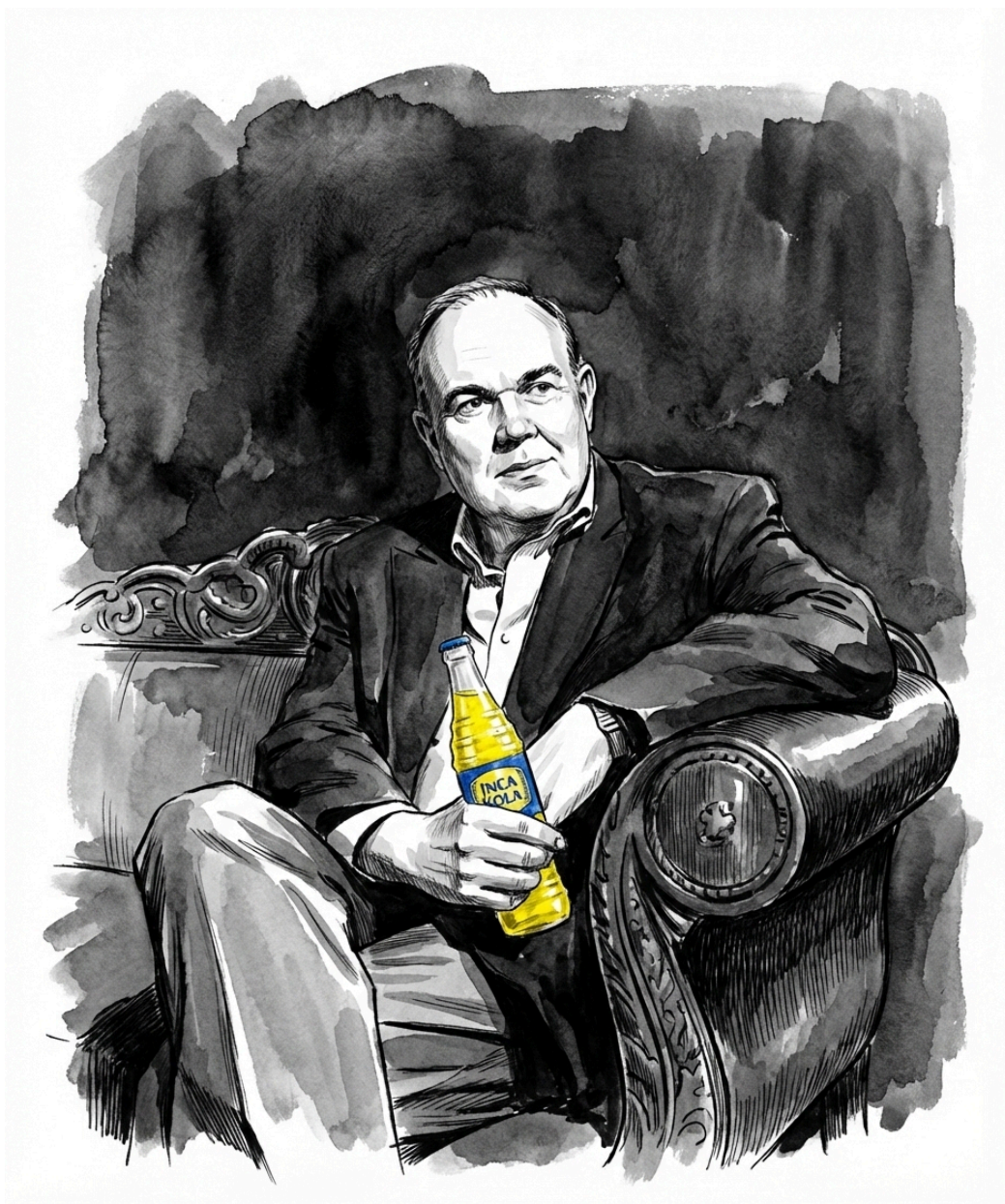
Antes de entrar de lleno al tema, siempre me cuenta de su día. Dónde ha estado y qué ha hecho. Las “ollitas” suelen ser mencionadas en nuestras conversaciones. Habla de ellas como si fueran sus engréidas. Siempre con ilusión en sus ojos por lo que ha podido hacer por quienes se benefician de ellas, pero también identifico frustración. Frustración ante este leviatán desenfrenado que tanto daño le ha hecho al país que nos ha visto nacer, llamado también burocracia o sistema o caviars, al que se enfrenta a diario, casi solo, muchas veces y que le impide ayudar a más gente. A más peruanos. Algunos ajos y cebollas se le escapan al alcalde en confianza, algo que me llamó la atención la primera vez que lo oí, como si la estatura política tuviera que quitarle lo rojo de la sangre. La confianza ha sido gradual, como cualquier amistad. Muy correctitos los dos, al comienzo. Ahora, al final, ya hablamos como patas.

## MI GALLO ES EL CHANCHO

Nunca me habla de los distritos pudientes como en el que estamos en su oficina con vista al hermoso parque sanisidrino. Por el contrario, siempre menciona a los cerros, a los niños, al agua. “Hay gente que nunca en su vida se ha bañado, Pancho. ¿Te imaginas eso?”, pregunta el alcalde. “Y de ahí les venden, para tomar, un agua color verde que además es la más cara del mundo”, comenta indignado. RLA no tiene hijos. Así lo decidió él mismo a los 21 años cuando hizo un voto de castidad en 1983, como un compromiso a Dios. ¿Habrá sido una promesa? ¿Qué le habrá pedido a Dios a cambio de su devoción? Por eso son los niños del Perú los que despiertan en él un espíritu paternal. Quiere protegerlos, quiere ayudarlos. Quiere darles un mejor futuro como si fueran propios. Así como sus padres hicieron con él.

“Mi cuarto era enano”, me dice Rafael, con gaseosa en mano, en San Isidro, haciendo referencia a su infancia. “No era ni la quinta parte de lo que es esta oficina”. Pero él lo recordaba distinto. Mucho más grande. A veces de niños solemos tener una apreciación diferente de lo que nos rodea o de la vida misma. Las dimensiones cambiaron cuando volvió a Chiclayo, donde creció con sus hermanos y sus padres quienes administraban la hacienda Pomalca. No creció en el seno de una familia pudiente, pero era rica en valores. La fe y la disciplina fueron el pan de cada día en su mesa. Sus padres científicos le despertaron el deseo de estudiar química. “¿Química?”, pensé sorprendido, reconociendo que mi conocimiento de la tabla periódica es Calcio, Silicio y Sodio (Ca, Si, Na). Nunca he conocido a alguien que haya querido estudiar química. Siempre los imaginé algo retraídos o socialmente incómodos. ¿Habrá sido así Rafael en su juventud? ¿Habríamos sido amigos si nos conocíamos de niños?

MI GALLO ES EL CHANCHO



*«La bebida del Perú es lo que toma Porky, con un poco de hielo o helada de por sí.»*

CAPÍTULO 2

**LOS NIÑOS SON EL FUTURO**

Nunca he hablado con Rafael en inglés. Sería bastante raro que nos pusiéramos a pronunciar un idioma extranjero solos los dos, pero sí lo he escuchado hablar. No habla como gringo, a pesar de que parezca uno, hasta más que yo, pero lo habla a la perfección. Más aun teniendo en cuenta que lo aprendió por su propia cuenta.

Cuando era niño, allá por la tormentosa década de los 60, su padre tenía un televisor. En la actualidad, tener una tele en la casa no suena a mayor logro. Las venden casi que regaladas o las regalan simplemente por abrir una cuenta bancaria. Hay de todos los tamaños y muy livianos y con tantas características en cuestiones audiovisuales que pueden abrumar a un comprador poco cauto. Antes, las opciones eran escasas y parecían más una cocina o un refrigerador empotrado en un armario. Cuadradas y pesadas, con pésima calidad de sonido y de imagen. El color, además, en las pantallas estaba reservado para las películas futurísticas o para la imaginación.

“Cuando hay voluntad, todo se puede hacer, Pancho”. Me viene a la mente esta frase que el alcalde me ha dicho más de una vez. Siempre haciendo referencia al camino que debe trazarse el Perú para salir adelante. Un camino solitario que a veces solo él ve. Pienso en esta frase, porque en esa reliquia que alguna vez se llamó televisor, el niño Rafael aprendió inglés. Su padre le sintonizaba programas de la cadena británica BBC, que llegaban por milagro o por ventura hasta la hacienda de Pomalca y con esas historias de otra parte del mundo, es que el ahora alcalde buscó aprender.

Qué importante es que los niños estén expuestos a los estímulos correctos. En el presente existe una sobre oferta de contenido que compite entre sí por la atención de los usuarios. Y no me refiero solamente a la programación de la BBC, sino a los centenares de canales de televisión y millones de canales en redes sociales. Cada uno priorizando el impacto para buscar satisfacer la gratificación instantánea del consumidor. Cuando se creó el internet, se pensó que 30 años después todos íbamos a ser políglotas, pero en cambio hay mucho experto en la ausencia de lo importante. Rafael aprendió inglés de una caja de madera y hay quienes sienten que se les desmorona el mundo cuando se va el internet o cuando no tienen el último modelo de celular de alta gama. Yo mismo me he encontrado en este último escenario.

“Los niños son el futuro”. No le puedo atribuir esa frase al alcalde, por más que me la haya dicho, porque ha sido repetida a lo largo de la historia y con justa razón. No solo son el futuro desde el

## MI GALLO ES EL CHANCHO

plano temporal, sino que son la garantía de la preservación de nuestra cultura y nuestros valores. Las historias que hablan del pasado terminan moldeando nuestro futuro.

Una vez lo vi ceder un sitio y con un acto tan sencillo me terminó diciendo mucho. Estábamos reunidos en el Palacio Municipal en una de las tantas salas que ofrece la sede. No era de las más pomposas. Esas se reservan para ocasiones muy especiales y sobre todo protocolares. Esta más bien parecía una sala de interrogatorio de policía, de esas que aparecen en las películas, con la rutina del policía malo y bueno. Sin ventanas ni mucha decoración. Nos reunimos para hablar de una próxima feria que se iba a llevar a cabo en el hermoso Museo Metropolitano de Lima, que abre de 10am a 6pm de martes a domingo (no es publicidad si viene del corazón, porque vale la pena ir). Éramos pocos los que habíamos sido convocados a la reunión, así que no sobraban las sillas, pero para sorpresa de quienes estábamos dentro, los invitados llegaron en demasía. Todos nos miramos luego de un sencillo ejercicio aritmético y antes de que se cortara el silencio, Porky se paró y le cedió su sitio a una de las invitadas: una señora de mediana edad, incluso hasta menor que el alcalde. Inmediatamente se pararon todos, simulando una tardía caballerosidad y al poco rato trajeron varias sillas más para suplir la demanda y comenzamos la reunión.

Acabada la cita, hubo las despedidas correspondientes y yo lo seguí a su oficina personal. Este espacio sí es bastante más elegante que su buró extra-municipal. Por más que haya despedido a centenares de trabajadores que se dedicaban a cobrar sueldo y al ayajeo, hay aspectos que no se pueden modificar porque son parte de los cimientos de la institución y de la historia de nuestra ciudad. Ya sentados y con su Inca Kola helada en mano le pregunté: “¿Por qué te paraste cuando vino la señora?”. “¿Por qué no te paraste tú?”, me respondió con cierta gracia y un poco de reprensión en la voz. Tenía razón. Debí haberme parado, pero la pregunta no era para cuestionar su etiqueta, sino la gestión. La silla extra llegó en menos de un minuto y no tenía que ser él sino otro de sus trabajadores, más jóvenes, quienes cedieran el espacio. Creo que Rafael entendió el tono de mi pregunta original y me regaló una reflexión muy bonita que me permito parafrasear.

El conservadurismo es más que una filosofía política. Históricamente los más viejos le han enseñado a los más jóvenes todo lo que saben. Desde la historia y las ciencias hasta los valores y las tradiciones. Cuando Rafael era niño, su padre, Fernando, le llamó la atención por no ceder un sitio en la misa de domingo a un señor mayor. “Un día tú estarás en sus zapatos y te gustará que un joven con los pies menos dolidos te ceda el sitio”. La tradición no es solo continuidad de lo importante. Es supervivencia. Si no enseñamos a los niños a respetar a los mayores, estamos cavando nuestra propia tumba. Y si los niños crecen pensando que todo lo pasado es negativo, cómo podemos esperar que sientan orgullo por su familia, sus tradiciones, su cultura o su país. Su padre le enseñó mucho. Puedo ver el orgullo en su cara. Pero no es el único hombre que ha influido en su vida. “Dios”, me dijo cuando le hice la pregunta. Nadie puede negar la influencia que ha tenido Él en la vida de Rafael López Aliaga. Pocos devotos existen todavía como él. Pero Rafael sabía que no era la respuesta que yo estaba buscando, porque ya antes habíamos hablado de alguien más. De otra persona que había marcado su vida y su camino en la política. Luis Castañeda Lossio es un nombre que, a veces, en privado le borra la dicha pueril y su rostro se ve atropellado por una nostalgia agri dulce que solo los portugueses han sabido bautizar como *saudade*.

MI GALLO ES EL CHANCHO



*«Pienso en esta frase, porque en esa reliquia que alguna vez se llamó televisor, el niño Rafael aprendió inglés.»*

CAPÍTULO 3

**LO MÍO ES LA EFICIENCIA**

Más del 50% de los peruanos quieren un outsider como presidente de la República en las venideras elecciones de abril de 2026. ¿Es Porky un outsider? No es tan sencilla la pregunta. Sí y no. Ambas son respuestas correctas y necesarias. Rafael empezó su carrera política en 2007, cuando ingresó a la municipalidad de Lima como regidor, de la mano de su amigo y mentor, el ex alcalde de la capital, Luis Castañeda Lossio. No me acuerdo de RLA en esa época inicial, pero lo he visto en videos de archivo. Un Porky con bigote y más pelo, no tan mayor de lo que soy yo ahora. El cabello también se me va escapando, aunque bigote yo nunca haya querido tener. En ese entonces no existía el partido Renovación Popular, pero se estaba gestando, tal vez sin que su líder se diera cuenta. Es muy difícil darse cuenta de la impronta que tendrán nuestras acciones hoy en el mañana.

Castañeda lideraba Solidaridad Nacional, un partido conservador en una época previa a la batalla cultural que se empezaría a librar con más ahínco 10 años después. Un partido pragmático tal vez sea la manera correcta de definirlo. Rafael conoció a “Lucho” en aquellos años en los que Lima era el epicentro del poder real. Se trataba de un hombre austero, hermético y obsesionado con la ejecución de proyectos. Me acuerdo cuando ganó las elecciones municipales por primera vez. Yo tenía apenas 14 años y recuerdo que no me gustó el resultado. En mi casa siempre se había votado por Andrade por su pasado en el municipio de Miraflores. Eran tiempos más sencillos, sin tanta polarización que emanaba desde lo político hasta lo social. El término caviar no había llegado aún a tierras peruanas y la izquierda progresista no había comenzado a desnaturalizar la propia antropología del ser humano como recurso dicotómico de opresor/oprimido. Eran tiempos más sencillos.

Castañeda no era un político particularmente carismático ni mucho menos dado a las tribunas, pero sí era eficaz en el terreno que dominaba: la gestión municipal. Incluso sus enemigos no podrán negar que el líder de Solidaridad Nacional era caracterizado por “hacer obra”. Su círculo más cercano lo describía como reservado, desconfiado y parco, alguien que prefería que hablen sus acciones antes que sus discursos. Esa impronta marcó a Rafael, quien aprendió que en la política peruana la gente no se alimenta de retórica, sino de cemento, escaleras y hospitales de la solidaridad. Por supuesto esa es solo una parte del origen de Rafael, ya que Lucho Castañeda, por más que haya dejado cemento, no logró el salto de burgomaestre a presidente. Tal vez para conquistar Lima sea suficiente el dato, pero para conquistar el Perú sí se necesita relato.

## MI GALLO ES EL CHANCHO

Muchos quisieron encasillar a Castañeda como un conservador, y tal vez en parte lo fue, la mayoría de los peruanos son conservadores, por más que un sector minoritario quiera decir lo contrario, pero lo cierto es que nunca fue un ideólogo. Su estilo era más bien pragmático, tecnocrático, incluso indiferente a la batalla cultural que hoy divide a la sociedad. No era un hombre de doctrinas, sino de resultados. Rafael, en cambio, se ha definido desde siempre como un católico conservador, con una vocación clara de dar la pelea en el terreno de los valores. “Los valores no se negocian, Pancho”, me dice. “Sin valores, el político no es más que un traficante de influencias”. Allí está una de las grandes diferencias entre ambos: mientras Castañeda optaba por el silencio como estrategia de comunicación, López Aliaga eligió el combate frontal. No le teme a la cámara, no le teme a los medios de comunicación. Dice lo que piensa. Ha optado por una frontalidad que en más de una ocasión le ha podido jugar en contra, pero es en esa imperfección donde yace su humanidad y la gente se da cuenta.

De Castañeda heredó la visión municipalista y el orden en las cuentas, así como la estrategia de mirar al ciudadano común y corriente, al vecino que necesita escaleras, bypasses, agua o un hospital barato donde atenderse. Esa escuela del pragmatismo fue clave para que Rafael entendiera que la política no se gana únicamente en el Congreso o en la televisión, sino en la calle, en los barrios, en las bases vecinales. Cuando llegó a la municipalidad de Lima despidió a 5000 trabajadores. Algunos sectores de la prensa lo calificaron de arbitrario, pero esos mismos sectores se dedican a criminalizar a las fuerzas del orden, así que, si bien hay libertad de expresión, también hay responsabilidad de escucha y es más saludable para el alma no escuchar a quien no lo merece. “Había 5000 zánganos que puso Muñoz”, me dice López Aliaga. “Lo mío es la eficiencia. Ahora solo tengo a la gente que necesito. La gente que trabaja conmigo se saca la mierda por la ciudad”. Cuando lo he ido a visitar al Palacio Municipal he notado ese detalle. No es una exageración de RLA. Es gente que está orgullosísima de ser parte de la municipalidad. Me cuentan los proyectos en los que están trabajando y describen Lima como si fuera suya. En realidad, sí es suya. Es nuestra. Es de todos y hay que aprender a quererla y cuidarla.

“¿Castañeda te pidió que siguieras su camino?”, le pregunté una vez. No hubo un testamento político explícito, pero sí la transmisión de un legado. En los últimos años, cuando la salud de Castañeda ya era frágil, se tejió entre ambos la idea de continuar con un proyecto de derecha popular en Lima, una mezcla de gestión y orden que conectara con las mayorías. Tras su muerte en 2022, Rafael ya había sido proclamado como su heredero natural, dispuesto a continuar ese camino, pero con una marca propia: el sello del catolicismo militante y del conservadurismo cultural que su mentor nunca abrazó del todo, tal vez porque no lo vio necesario en ese momento. Pero no solo abraza a la fe católica. En Renovación Popular hay militantes y simpatizantes de diferentes denominaciones religiosas. Los cristianos en el Perú han crecido sobremanera en los últimos años. Según una encuesta de Ipsos de 2025, cerca del 15% de los peruanos son evangélicos y, a diferencia de los católicos, son bastante más activos cuando se trata de la defensa de los valores como la vida y la familia. Yo mismo lo he podido corroborar. Porky ofrece un abrazo heterogéneo a quienes quieran seguirlo y propone una doctrina que él llama “derecha cristiana”: libre mercado con fraternidad.

Ahora, volviendo a la pregunta de si calza en la figura del outsider, la experiencia podría quitarle a López Aliaga la definición como tal. Ya ha estado en política por 20 años y como empresario exitoso, no es ajeno a la cercanía con el aparato público. Pero su esencia no ha cambiado. Después

## MI GALLO ES EL CHANCHO

de 5 años entrevistando a congresistas, ministros, alcaldes y políticos en general, siempre me ha sorprendido que Porky no sea como ellos. Entrevistarlos es hasta un tanto molesto, porque interrumpe, atropella y comanda la conversación. No trata jamás de quedar bien con quien lo está entrevistando, como suele hacer la clase política, ofreciendo lisonjas para aguar la tensión, ya sea presente o futura. A Rafael solo le importa decir lo que piensa. Creo que sería prudente llamarlo un outsider que ya está adentro. Un inoutsider.

¿Por qué busca el peruano un outsider? Aquí ya entro a la observación personal, pero creo que la clase política del Perú está inmensamente dañada y con justa razón en algunos casos. Los políticos tradicionales se han hecho un harakiri del que no paran de sangrar. La izquierda ha seguido su modus operandi de entrar a saquear con el discurso paternalista de ensanchar el estado para traer a todo aquel que se auto percibe como víctima bajo el manto de la patria grande, suscribiendo la frase del Nobel de Economía, Milton Friedman “Nada es tan permanente como un programa temporal del gobierno”. Por otro lado, ha habido una falsa derecha mercantilista que ha buscado el poder para beneficio de algunas fortunas e industrias individuales, contraviniendo el principio de libertad de mercado que genuinamente debe promover la derecha, poniendo el poder y la plata en el primer lugar y rezagando al Perú al premio consuelo. La gente se ha hartado de los políticos tradicionales.

El cinismo de ese político tradicional y bidimensional, que teme pecar de imperfecto ante la cámara y fuera de ella ya no es recibido con aprecio. Por el contrario, el desacato a las formas es aplaudido por tirios y troyanos, pues ven en esa frontalidad una frescura y un cambio no antes vistos. Trump lo demostró en EEUU, Bukele en el Salvador, Milei en Argentina. ¿Puede Rafael López Aliaga hacer lo mismo en el Perú? El tiempo lo dirá.



*«¿Castañeda te pidió que siguieras su camino?», le pregunté una vez. No hubo un testamento político explícito, pero sí la transmisión de un legado.»*

CAPÍTULO 4

**ERAN TERRORISTAS**

Chiclayo siempre huele a caña. Al menos así lo recuerda cada vez que vuelve. Es imposible hablar de Rafael sin hablar de Chiclayo, sin hablar de Pomalca y de la caña de azúcar que, en más de un sentido, terminó marcando su destino. Antes de ser el “Porky” que hoy ocupa titulares, el ahora ex alcalde y candidato presidencial de Renovación Popular, fue un joven que, como tantos en el Perú, tuvo que buscarse la vida con ingenio, sudor y disciplina.

Porky tenía 15 años cuando hizo un negocio de azúcar en Chiclayo. Sin factura. Informal. Como la mayoría de peruanos que solo quieren salir adelante y no están dispuestos a pagar impuestos porque no les alcanza y porque no siente que reciben algo a cambio. La SUNAT actúa como el Sheriff de Nottingham, enemigo de Robin Hood y del pueblo, como un extorsionador legalizado para exprimir a quien quiera hacer patria. Lo que necesitan es cambiar su propia identidad. Buena fuera que se viera como un accionista de cada uno de los peruanos emprendedores y buscara su desarrollo a largo plazo para una rentabilidad mutua, en vez de la succionadora cortoplacista que muchas veces termina siendo.

López Aliaga ingresó a la Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo, en Lambayeque, con la ilusión de convertirse en ingeniero civil. No lo logró, pero no por falta de esfuerzo, sino que su destino era otro. “El ambiente de huelgas, marchas y convulsión política, que se vivía en la época, lo empujó a abandonar las aulas. Pedro Ruiz Gallo no era, técnicamente, una universidad de izquierda, pero como la mayoría de escuelas superiores públicas de la época, estaba atravesada por discursos y agitaciones ideológicas que poco tenían que ver con la formación académica (nótese que no mucho ha cambiado la cuestión)”. Así rezaba el primer borrador que le llevé a Rafael López Aliaga a medio camino de nuestra serie de entrevistas. “¿Agitaciones?”, me dijo Porky mientras él mismo padecía su propio conjuro. “¡Eran terroristas, Pancho. TE-RRO-RISTAS! Mataron a amigos míos y a mí me amenazaron de muerte. Mi viejo me dijo te me largas de acá”, terminó de narrar el líder de Renovación Popular. Nuevamente como habrán podido apreciar, si buscan corrección política, López Aliaga no es para ustedes. Pero si buscan frontalidad y honestidad a la hora de decir las cosas claras, este chancho es su gallo.

Hace unas semanas trataron de matar a Rafael López Aliaga durante una actividad en Villa María del Triunfo, justo cuando estaba por terminar su mandato edil. Dos hombres fueron detenidos con pistolas, granadas y un croquis. Porky salió volando de la escena a sugerencia de su propia seguridad. Luego de una semana de indagaciones, la Fiscalía “concluyó que no existían pruebas

## MI GALLO ES EL CHANCHO

que acreditaran un atentado o un plan de homicidio contra López Aliaga". Con justa razón, ¿no? ¿Quién no va actividades oficiales con armas de fuego, granadas y planos? Probablemente para algunos periodistas de izquierda las granadas ni siquiera sean consideradas armas. Lo importante es que no hubo heridos.

Volviendo a la Ruiz Gallo, qué lamentable que la característica de adoctrinamiento con inclinación a la izquierda radical se pueda aplicar también al presente universitario, tanto en el plano local como mundial. Hace unos días han elegido en Nueva York a un alcalde socialista e islamista extremo, como si en el año 2001, la cuna del capitalismo no hubiera sido víctima del atentado terrorista más vil de la historia de los Estados Unidos. ¡Es como si en el Perú hubiera un presidente con vínculos con el grupo terrorista, sanguinario y maquiavélico Sendero Luminoso! (Ah, verdad, ya ocurrió en 2021) La izquierda siempre ha sabido inmiscuirse en la academia para formar a la próxima generación de revolucionarios y agitadores. Para un joven como Rafael, que quería estudiar y trabajar, ese ruido era un estorbo. El país ardía en convulsiones, y la universidad pública no fue la excepción.

Pero no se fue sin dar la pelea. Antes de que su vida estuviera en peligro, armó un movimiento independiente y les ganó en su cancha a la izquierda. "70/30 quedó el resultado", me dice orgulloso mientras su camisa se va ensanchando airosa de orgullo. Yehude Simon y Duberlí Rodríguez eran dirigentes en los tiempos de estudio de Rafael, como para poner un poco en contexto la calidad de personas de la Pedro Ruiz Gallo. Es curioso que años más tarde en el 85, ambos presentaron ante la Cámara de Diputados el proyecto N° 415 para conceder amnistía a terroristas. Curioso también que ambos hayan purgado tiempo en la cárcel.

De aquel paso breve aprendió algo que a veces pesa más que los cursos: la fragilidad institucional. Entendió que en el Perú no basta con querer formarse, sino que muchas veces hay que enfrentarse al caos o al monstruo mismo. Esa sensación de estar atrapado en un sistema que no funciona lo acompañaría toda su vida. En lo profesional y en lo político. Incluso ahora.

Lo que sí funcionaba era su olfato para los negocios. Con poco más que voluntad y necesidad, se las ingenió para montar un pequeño negocio de azúcar: moler, envasar y distribuir. Lo hizo todo: cargaba sacos, operaba la máquina, trataba con panaderos y proveedores. Con ese esfuerzo llegó a sumar 10 mil dólares, cifra suficiente para costear sus estudios en la Universidad de Piura, su siguiente destino académico. Su producto era azúcar impalpable o azúcar en polvo. Porky aprovechó la demanda para traer una oferta más barata. Hizo su balance de gastos e ingresos, identificó a la competencia y puso un mejor precio. Este emprendimiento no es un detalle menor: ese negocio fue su primera experiencia real en el mundo empresarial, además como independiente.

Al escucharlo me queda claro que lo que más le marcó no fue el dinero, sino la disciplina. Aprendió que los números no perdonan, como sí las personas: un error de cálculo en los costos puede hundir un negocio de un día para otro. Él era su propio jefe, además. Su éxito y fracaso dependía de sí mismo. Aprendió también que un cliente satisfecho es la mejor publicidad y que la palabra empeñada vale más que cualquier contrato. ¿Aplica la misma lógica para un elector? Cuando me habla de la disciplina a tan temprana edad no puedo evitar ver una causalidad en el hombre que es hoy. Yo genuinamente sospecho que a veces no duerme, o tal vez no duerme nunca. A veces me cita a las 11 de la noche y nos vamos de corrido hasta las 2. O me cita a las 7 de la mañana y él ya

## MI GALLO ES EL CHANCHO

lleva horas despierto y nos extendemos unas cuantas más. Sábados, domingos, feriados. ¿Qué es eso? Su Inca Kola parece ser suficiente para hacerlo andar. Recuerdo haber escuchado alguna vez que Napoleón dormía menos de 4 horas al día. “Dormiré cuando esté en mi tumba”, decía. Los grades líderes no pierden el tiempo. Ni por un segundo.

A menudo me repite que el peruano es, por naturaleza, emprendedor. Sobre todo, cuando me cuenta de sus primeros pasos empresariales. Y lo es porque no tiene otra opción. Aquí nadie espera al Estado: el mercado informal es la escuela donde se gradúa la mayoría. En el Perú el emprendimiento es supervivencia. La mejor prueba es que el Perú ha sobrevivido a un Pedro Castillo y a un Martín Vizcarra mutado por el Covid, sin impedir que la economía pujante del peruano salga adelante.

Pero emprender, insiste Rafael, no es lo mismo que ser empresario. El emprendedor es celebrado, porque arranca de cero, porque se le ve como un luchador. El empresario, en cambio, carga con el estigma de la acumulación, de la sospecha, de ser “el que tiene más”. En el imaginario colectivo, al emprendedor se le aplaude; al empresario, se le envidia. Y en esa contradicción se esconde buena parte de la psique nacional. Porky comenzó con nada y ahora tiene mucho, pero nadie puede llamarlo un avaro o un angurriente. La fraternidad cristiana le encomienda a crecer para dar y dar para crecer. No deja de sorprenderme su reloj Casio y su atuendo casi de uniforme escolar, con zapatos tan feos que parecen ortopédicos y camisas cuyo color parece haberse perdido en el tiempo. No usa la plata para demostrar. Él demuestra con la acción.

Una vez ha ido a Ripley juró nunca más ir. Me lo contó cuando le pregunté por su propio éxito. “¿Cuál es la clave?”, le dije. Era el día del padre y se fue a comprar a la conocida tienda por departamento. Estaba llena de gente como suele ser a medida que se acerca una festividad importante y los peruanos van dejando para el final la tarea de comprar un obsequio. Rafael odia las colas y por eso detesta ir a comprar. “No sé de estilo. Es una ventaja comparativa que no me interesa. Yo soy bueno para otras cosas”. Pero era el día del padre y tenía que hacer una excepción. Vio una chompa y le pareció un regalo prudente. “Qué clásico”, pensé. Cuántos otros hombres les regalan a sus padres chompas por su día. Estaba en la cola para comprar y había un estribillo en el tumulto que parecía no parar de repetirse: “cuotas”. Todos pagaban en cuotas y la tienda ofrecía cuotas y el que no pagaba en cuotas se llevaba una gran cuota de miradas alarmadas. Rafael, disonante, llegó a la caja a pagar en efectivo por la chompa de su padre. Lo miraron como un bicho raro, como si no perteneciera. Le ofrecieron casi que de rodillas que se adhiriera a una tarjeta y no aceptó. Descuentos y facilidades no bastaron para convencerlo de querer afiliarse a un sistema de cuotas. “Las personas gastan la plata que no tienen en cosas que no necesitan”, me dice Rafael. “Por supuesto que puedo endeudarme en una tienda de ropa y pagar en cuotas, pero no lo necesito porque no es una compra recurrente. No tengo el hábito de ir a comprar. El endeudamiento solo debe existir cuando sabes que vas a poder cumplir con los plazos y cuando es absolutamente necesario”. Esto me trae al recuerdo la gestión de Rafael en la Municipalidad de Lima. López Aliaga encontró la municipalidad con una pérdida anual de 400 millones de soles y se fue con una caja que tiene 1000 millones a su favor. ¿Magia? No. Buena gestión. Gastar solo en lo que sea necesario y dejar atrás lo que no importe. “¡Pero Porky ha dejado la municipalidad endeudada!”, grita más de un incauto. Es cierto, pero porque ya demostró que la ciudad puede pagar la deuda y porque Lima necesita 4 mil millones para poder hacer las obras necesarias en el corto plazo. El apalancamiento financiero no es lo mismo que el endeudamiento.

## MI GALLO ES EL CHANCHO

Volviendo al paso universitario de Rafael, cuando pasó a la Universidad de Piura la comparación fue inevitable. En su nueva casa de estudios pudo ver el orden, la estabilidad y las exigencias de la educación privada que contrastaban con el desorden y las interrupciones de la universidad pública. En la privada encontró profesores enfocados en el mercado, redes de contactos, infraestructura adecuada. En la pública había encontrado huelgas, carencias y frustración. No por eso reniega de la Pedro Ruiz Gallo; más bien la recuerda como la prueba de fuego que le enseñó a valorar el orden. Y es justamente esa dualidad la que lo marcó: de un lado, la precariedad del Estado; del otro, la eficiencia de la empresa privada.

“¡En la Pedro Ruiz Gallo había silos!”, me cuenta con cierta gracia comparativa. “Pude caerme como Abraham Valdelomar (El autor de “El Caballero Carmelo” falleció al caer a un silo en Ayacucho en 1919). ¿Te imaginas morir cagado?”, pregunta mientras la gracia se le va desdibujando de la cara. “Lamentablemente esa es la realidad de mucha gente”, me dice el exalcalde que no busca el agrado de la Lima de Miraflores o San Isidro, sino de la Lima de Villa El Salvador y Puente Piedra. “Hace unos días vi a una mujer llorar porque le llevé agua a Puente Piedra”, me dice. Qué fuerte reflexión es esa. El agua, nuestro recurso máspreciado, es dado por sentado para la mitad del país. Extendemos la mano para abrir un caño y exigimos al destino que caiga el líquido. Y cuando se corta el agua unas horas pegamos el grito en el cielo. “¡Sedapal de mierda!”. Imagínense no tener agua un día entero. O que no tener agua sea el común denominador de tu semana. Tal vez por eso no lo quiere mucho la izquierda sanisidrina, porque no trae a la mesa las demandas superficiales de las minorías pudientes sino las necesarias de las mayorías desesperadas.

De allí en adelante, su camino se fue trazando con un sello claro: el del hombre que aprendió que nada cae del cielo, salvo la fe, y que todo lo demás hay que construirlo con trabajo, disciplina y riesgo.



*«Lo que sí funcionaba era su olfato para los negocios. Con poco más que voluntad y necesidad, se las ingenió para montar un pequeño negocio de azúcar: moler, envasar y distribuir. Lo hizo todo: cargaba sacos, operaba la máquina, trataba con panaderos y proveedores.»*

CAPÍTULO 5

**DEUS CARITAS EST**

La Derecha Cristiana es la base de Renovación Popular, el partido que preside Rafael López Aliaga. Es libertad con fraternidad y si uno le presta atención, va a poder ver mucho de Rafael en la idea misma. Es la tesis de su vida hecha doctrina.

“¿Por qué derecha cristiana?”, le pregunté a Rafael. El candidato presidencial me esbozó un preámbulo: La derecha por sí sola es un término muy desgastado y muy amplio. Se asocia a la codicia en vez de a su base que es la libertad. Y el término conservador está muy vinculado con lo social, con el impedimento. Necesitamos un nuevo término. Algo refrescante y que se entienda fácilmente.

A continuación, tomó un tono más serio y se puso a dictar. Esta fue la única vez en todas las entrevistas en que fue así de determinante. Tal vez fue porque mientras hablábamos estaban por vacar a Dina Boluarte, José Jerí estaba por convertirse en el octavo presidente en los últimos 9 años y ya eran pasadas las 12 de la noche. Rafael buscaba ser efectivo con su tiempo y con el mío, también.

“La derecha cristiana parte de un principio fundamental: la opción preferente —que no es excluyente— por el hermano que está sufriendo o que se encuentra en una situación desfavorable, ya sea material o espiritualmente. Es decir, priorizar a los más pobres, entendiendo que la pobreza no es solo económica, sino también espiritual.”

Cierra los ojos mientras habla. Está mirando hacia dentro, recordando conceptos. Buscando en el tiempo. Su propia vida lo ilumina. Su experiencia lo ha moldeado. Se concentra para decir la idea punto por punto, coma por coma, con precisión. No quiere equivocarse. Quiere ser certero. Una meticulosidad que ha ido construyendo por 64 años.

“Otro concepto central es el rol subsidiario del Estado. El Estado debe permitir que las ventajas comparativas del país se desarrollen a su nivel máximo, dando la primera opción a la iniciativa privada. Pero, si la iniciativa privada no se presenta, el Estado tiene el derecho y la obligación de desarrollar esa ventaja comparativa para maximizar el desarrollo económico. La derecha cristiana no permite el abuso de monopolios, oligopolios, monopsonios u oligopsonios, porque representan abusos de una posición dominante en el mercado. Se defiende la libertad, pero no el libertinaje económico”.

## MI GALLO ES EL CHANCHO

“Un concepto fundamental de la derecha cristiana es la justicia social”, dijo. En ese momento creo que involuntariamente hice un gesto de sorpresa y confusión, porque este término suele estar asociado con la izquierda. Con todas las izquierdas: la comunista, la socialista y la más mañosa de todas, la progresista. Rafael vio esa sorpresa en mi rostro y se limitó a pedirme paciencia con la mirada y un ademán con la mano derecha, advirtiéndome mi suspicacia. Prosiguió entonces para que encontrara consuelo en sus palabras. “Ya está en la doctrina social de la Iglesia desde *Rerum Novarum*, la encíclica del Papa León XIII en 1891. También otras encíclicas posteriores han abordado la dignidad de los pobres y el rol moral del orden económico. En tiempos recientes, por ejemplo, Benedicto XVI eligió la paz y la caridad como ejes de su primera encíclica, *Deus Caritas Est*. *Rerum Novarum* nos enseña la justicia social; *Deus Caritas Est* nos enseña la caridad que da sentido a esa justicia. No se trata solo de crecer económicamente, sino de hacerlo con amor al prójimo y respeto por la dignidad humana. Ese es el corazón de la derecha cristiana”

*Rerum Novarum* es la encíclica de 1891 donde la Iglesia establece la Doctrina Social: defensa de la familia, de la propiedad privada, del salario justo y del rol subsidiario del Estado. Rechaza tanto el socialismo que quiere un Estado total, como el capitalismo sin alma que explota al trabajador. Propone una sociedad donde la libertad económica exista, pero orientada al bien común y a la dignidad humana.

*Deus Caritas Est*, de 2005, la primera encíclica de Benedicto XVI, enseña que la caridad es el fundamento de la vida cristiana y que la justicia es la primera forma de esa caridad en la sociedad. Afirma que el amor no es solo sentimiento, sino decisión y responsabilidad hacia el prójimo, lo que implica un compromiso concreto con el bien común. La Iglesia no reemplaza al Estado, pero forma la conciencia moral de las personas para que la política y la economía estén orientadas a la dignidad humana.

“Justicia social significa proteger los derechos básicos y esenciales de todos los hijos de Dios: acceso al agua, alimentación, salud, seguridad ciudadana, educación. Las necesidades fisiológicas y fundamentales deben ser garantizadas”.

“La diferencia con la izquierda es clara: la izquierda prioriza al Estado; la derecha cristiana prioriza a la persona y a la familia. La derecha cristiana propone un Estado pequeño y una actividad privada grande, donde la libertad de emprendimiento y la propiedad privada sean la base del desarrollo económico. El Estado interviene solo cuando la iniciativa privada está ausente”.

Nos detuvimos un rato para ver la televisión. Dina Boluarte había sido vacada finalmente por el Congreso de la República. Duró más que su antecesor y la izquierda logró encasillarla a la derecha del espectro político por fines electorales. La vicepresidenta de Perú Libre, cajera de Vladmir Cerrón, la que dijo que eliminaría la clase media como promesa de campaña, la que le dio más comida al elefante blanco que es Petroperú ¿Es de derecha?

¿Cuándo abrazaste esta forma de pensar?

“He ido cambiando con los años”, me dice. Al parecer nunca hubo un ‘Porky rojo’, pero sí se dejó seducir por la estrella del APRA, aunque fugazmente. A los 17 años él veía al partido aprista como un partido de derecha. Es curioso porque a mí me pasó exactamente lo mismo. Y justo también cuando tenía 17 años fui al último mitin que convocó el expresidente Alan García antes de ganar

las elecciones apenas unas semanas después, allá por el 2006. “Alan y Porky”, pienso. ¡Qué tal dupla sería esa! ¿Se habrán conocido? Seguramente sí.

“Yo conozco a Alan García cuando tenía 24 años y trabajaba en Citibank.”, me responde. Justamente calza con el no tan buen primer gobierno del líder aprista, allá por el segundo lustro de los 80s. El equivocado cierre de la banca que impuso un muy dogmático APRA le costó el trabajo a Rafael López Aliaga y a millones de peruanos; y millones les costó a los peruanos las aventuras políticas de un Alan de tan solo 35 años de edad. “Priorizó al Estado antes que a la persona”, sentencia el líder de Renovación Popular.

Las capacidades empresariales de López Aliaga lo llevaron a buscar la supervivencia. Se quedó sin trabajo y tuvo que aventurarse a pasar de empleado con puesto seguro a empresario enfrentando todo el riesgo en un escenario de país que no parecía ver la luz del día. “Viajar me abrió los ojos”, me dice Porky. Iba constantemente a Nueva York, la cuna del capitalismo (o era, al menos). Su semana se dividía entre EEUU y Perú. Volaba con escala en Miami y de ahí dos horas más a la Gran Manzana. Volvía jueves o viernes. Rafael estaba en un proceso de inserción del Perú en el mercado mundial y la realidad era que Perú no estaba. Ya desde ese entonces el anhelo de convertirnos en potencia mundial inundaba los sueños de Porky, aunque el camino pareciera una pesadilla, porque simplemente no existíamos. Le preguntaban a Rafael “¿Where is Peru?”. No había acciones, no había bonos. Lo miraban con condescendencia, pero eso no lo desanimó. El país no existía para el mercado financiero. El día de hoy tenemos la dicha de que nuestro nombre se asocia con el turismo y la gastronomía, pero deberíamos, además, ser asociados con el oro, el cobre y el litio, y poder utilizar ese capital para invertir en industrializar nuestro propio recurso humano. “Así hicieron los japoneses”, señala López Aliaga. “Se tiene que invertir en las personas”.

Años más tarde, con media docena de empresas exitosas y laureles académicos en su haber, Rafael López Aliaga se volvió a encontrar con Alan García. El líder aprista había sido elegido nuevamente como presidente del Perú en 2006. El país le dio la oportunidad nuevamente a un político que había tenido un mal gobierno apenas 20 años atrás. Para sorpresa de muchos (o todos), su segundo gobierno terminó siendo el mejor de este siglo. Hasta ahora.

Recuerdo haber visto a Alan una vez. Era como un planeta con su propia fuerza gravitacional. No por su corpulenta figura, sino que emanaba una confianza y liderazgo que el Perú no ha vuelto a ver. Por su posición como mandatario no le era ajeno frecuentar a empresarios del sector turismo, transporte, finanzas e inmobiliario como lo era (y es) Rafael. Por 20 años el líder de Renovación Popular había querido decirle algo a su símil aprista y no había encontrado la oportunidad. Hasta que llegó el día. “Por tu culpa me quedé sin chamba en el 87”, le dijo haciendo referencia al cierre de la banca en el primer gobierno aprista. Rafael no buscaba un enfrentamiento con García, solo quería sacarse algo de encima. Me imagino ese momento. Un duelo de titanes sin temor compartiendo un momento determinante. ¿Habría vaticinado el líder aprista el futuro de RLA? López Aliaga le increpó el cierre de la banca, esperando tal vez acorralarlo, pero a Alan García nadie le podía ganar con el verbo. “Gracias a mí, el Perú ganó un empresario exitoso”, le respondió el ex mandatario. Porky se ríe mientras me cuenta esta anécdota. Incrédulo de la capacidad que tenía Alan para voltear cualquier conversación. Se me viene a la mente cuando Bayly le preguntó en 2001: “¿Usted está loco, Alan?”. “Loco por el Perú”, le respondió en un santiamén. Esa entrevista es un placer de ver. “¿Usted está loco, Rafael?”, tengo que preguntarle a López Aliaga a ver qué dice.



*«La derecha cristiana parte de un principio fundamental: la opción preferente —que no es excluyente— por el hermano que está sufriendo o que se encuentra en una situación desfavorable, ya sea material o espiritualmente.»*

CAPÍTULO 6

**PARECÍA YODA**

La primera vez que Rafael López Aliaga postuló a un puesto de trabajo se peleó con el psicólogo. Curiosamente, eso selló su posición en la empresa. Cuando me contó esta parte de su vida, no me sorprendí. Rafael nunca me ha parecido alguien que acata la conformidad, sino, más bien, alguien que piensa y existe fuera de la caja.

“Mi primer trabajo fue en el Banco Wiese. Yo recién había salido de la Universidad de Piura y me fui a Lima porque había un pedido para un ingeniero de sistemas”, me cuenta el candidato a la presidencia. “Yo había estudiado ingeniería industrial, pero programaba bien, así que pensé que podía aplicar. Cuando llegué, me dijeron que la plaza ya había sido tomada”. ¿Porky programador?”, pienso mientras Rafael me narra este episodio de su vida. Se me viene a la mente el monstruo en computación de un conocido comercial de hace unas décadas. La programación sigue estando vigente como pieza crucial de desarrollo tecnológico en empresas de cualquier índole. Me impresiona saber lo adelantado que estaba en un tiempo donde recién llegaban las computadoras.

Continúa el candidato: “Aun así, entré y me senté frente a la secretaria, esperando conocer al gerente de sistemas”. Rafael no estaba dispuesto a aceptar un “no”. Él quería ese trabajo y no iba a parar hasta conseguirlo. La convicción de un líder hacia sus valores es importante, pero la determinación para conseguir sus objetivos es lo que lo diferencia de los demás. “Yo había sido primer puesto en la Universidad de Piura y quería presentarme en persona”, sigue narrando Rafael. “Esperé cuatro horas sentado y nada. Con paciencia me quedé sentado, esperando mi turno”, me dice. En ese momento me siento identificado con la espera, pero no le digo nada. No lo quiero cortar. “Cuando el gerente salió”, continúa, “lo saludé levantando la mano, así con mi manito de chancho”, describe RLA mientras levanta la mano y se ríe. Me causa mucha gracia cuando él mismo se presta para el chiste porcino. Hace 5 años comenzaron a decirle “Porky” por su figura corpulenta y piel rosada. Le pegaban todos sin que él les haga nada e incluso con los húmeros puestos a la mala, no se dejó matar. Abrazó el apodo que ahora lo caracteriza usando la fuerza del oponente a su favor, en una especie de aikido político. Ahora el chanchito es símbolo de picardía y de rebeldía.

Volviendo al gerente que quería impresionar en el Banco Wiese, su nombre era Sasieta. “Tendría más o menos la edad que tengo yo ahora. Calvo, sin bigote”, detalla Rafael. En más de una ocasión lo he visto hacer eso. El ejercicio de comparar las edades en el tiempo. Compara su edad con la mía. Compara su edad con la gente que me va contando en sus historias. Personas que han ido

moldeando su vida. ¿Es una manera de auto evaluarse o es una manera de añorar tiempos más sencillos? Si te comparas con los demás, es la receta para la envidia o la soberbia. La única comparación que vale es con uno mismo. Ayer fui menos y mañana seré más. Continúa con la historia de su primera chamba: “Yo le pedí directamente la oportunidad para el área de Sistemas. Me respondió que no necesitaban a nadie ahí. Entonces pedí otra plaza”. Evité que se me escapara una risa sin dejar que López Aliaga se diera cuenta porque identifiqué ese comportamiento suyo hasta ahora. No se rinde.

Rafael perdió las elecciones en el 2021 y debe haber sido un duro golpe. El eco del fraude aún lo atormenta. Lo dejó intranquilo. Pero la paciencia lo serenó. Se quedó esperando con determinación, como cuando fue a buscar su primer trabajo. Esperando su turno, pero sin bajar la cabeza. Ahora está de vuelta. En el primer lugar en todas las encuestas. Luego de ganar la municipalidad y darle a la capital el alcalde que merece, está listo para enfrentarse al rival que se le ponga delante. Los medios no lo quieren porque habla con la verdad, porque es políticamente incorrecta. Algunos académicos, que nunca en su vida ha hecho empresa, tratan de desmerecer su éxito profesional. Muy atrevida puede llegar a ser la envidia. Y un grupete de artistas revoltosos, esos comunistas de Starbucks que confunden su fama con superioridad moral, lo atacan porque saben que la mermelada tiene una fecha de vencimiento: 28 de julio de 2026. El día en que, si Dios y el Perú lo permiten, Rafael López Aliaga asumirá la presidencia de la República.

“¿Tú estás loco, Rafael?”, le pregunto al exalcalde de Lima. Se ríe porque no es la primera vez que alguien cuestiona su cordura. La izquierda ya no sabe qué otro apelativo atribuirle para tratar de frenarlo. Pero mucho antes de eso, justo en el primer trabajo que memoraba líneas arriba, también se cuestionó su sensatez. “Antes de entrar me hicieron un examen psicológico”, me dice. “Me peleé con el psicólogo. Muchas preguntas estúpidas”. Sasieta, el gerente que debía determinar su futuro en el Banco Wiese, lo llamó a su oficina a conversar. Le habían avisado al ejecutivo que Rafael había tenido un altercado con el psicólogo vocacional. Por lo que esperó que esto no fuera un determinante para truncar su futuro, pero para su sorpresa no fue así. A Sasieta le gustó esa actitud frontal en el joven Rafael, quien asegura que fue por eso que lo terminaron contratando. Tiempo después se enteraría de que el gerente también había tenido un altercado semejante con el especialista. Hay personas que simplemente no encajan en el sistema, porque están por encima de quienes lo diseñaron.

“Me ofrecieron Organización y Métodos (OyM)”, me comenta como si supiera de qué diablos me está hablando. No le hago la pregunta. Este no debe ser un libro tan técnico. “A mí ese curso me había parecido lo más absurdo del mundo: muy simple, no me gustaba. Pero yo necesitaba trabajar, así que acepté”, dice Rafael con humildad y le da un sorbo a su Inca Kola, terminándosela. Se para para ir al baño y lo oigo orinar. No le interesa que lo escuche y a mí no me importa escucharlo. La confianza entre amigos se hace presente en los detalles. Vuelve y se sienta, nuevamente. Se le ve más aliviado. “Al poco tiempo me dieron encargos importantes”, vuelve al pasado más de 30 años atrás. “Me pidieron dirigir la implementación de hardware y software para el área de comercio exterior del banco. Yo había hecho prácticas en IBM, así que conocía el software de integración. Esto fue en 1983. No había mouse. Era programación lineal. La resistencia interna fue durísima, sobre todo de gente mayor. Yo tenía 22 años y para ellos era “el jovencito”, no el ingeniero”. Cuando Rafael me habla de resistencia no puedo evitar hacer un símil en la actualidad, sobre todo en el clima político en el que nos encontramos. El impedimento para el

progreso, para avanzar, para hacer las cosas bien también se muestra en el fuero público. Esta vez no viene de los mayores, pero tal vez sí de los tradicionales y de aquellos que prometen ideas trasnochadas y ya probadamente fallidas. Porky es un vanguardista que ha venido retando al status quo desde que comenzó a crecer. Además, a diferencia de los personajes de su relato, él no ve a los menores como “jovencitos”. Rafael huele el talento como si fuera una trufa, sin importar la edad de la persona, y lo potencia.

“Las tareas que me asignaron no eran menores”, sigue con su relato. “Había que cambiar todo: computadoras, cableado, capacitación, pasar procesos manuales a automatizados. Todo en seis meses”. A los 22 años, Rafael ya lideraba proyectos revolucionarios en bancos internacionales. Y su buen desempeño no pasó desapercibido. ¿Qué hace un joven promedio de 22 años hoy?

El banco quedaba en Miró Quesada 260, donde ahora está la Fiscalía, en el centro de la ciudad. Los pisos impares eran del Banco Wiese y los pares del Grupo Romero. Rafael se cruzaba en el ascensor con don Manolo Rivas, presidente de Créditos y Cobranzas de Alicorp, empresa que manejaba unos 700 millones de dólares en esa época. Siempre le decía medio en broma y medio en serio: “El banco va a quebrar, ven a trabajar conmigo”. Y así fue, eventualmente, cuando se integró con el Scotiabank en 2006.

“A los nueve meses de estar trabajando en el Banco, don Manolo me llamó”, me cuenta López Aliaga. “Me recibió en su oficina. ¡Era enorme! Me ofreció trabajo ahí mismo, sin rodeos. Cuando me habló de sueldo, yo tenía vergüenza porque ganaba sueldo mínimo. Me lo triplicó. Yo seguía callado y me lo cuadruplicó. Yo necesitaba el dinero porque había problemas económicos en mi familia. Pasar de ganar x a 4x y luego a 6x fue un cambio brutal. Pero no me compré nada. La plata no era para gastar, era para ayudar. Se la di a mis padres que la necesitaban más que yo”. Una vez más, la fraternidad es el pilar que caracteriza el comportamiento de RLA. Otro joven a los 22 años, ganando bien, habría pensado en carros, viajes o lujos. Él pensó en ayudar a su familia porque su familia lo necesitaba. Como todo peruano.

Cuando yo estaba en la universidad, recuerdo haber estudiado un caso de la consultora Arellano. Un caso que se me vino a la mente mientras escuchaba el relato de Rafael. El anhelo más común de los peruanos es sencillo: emprender un negocio propio para darle a su familia un mejor futuro. Este sueño resume a la perfección las características políticas del peruano. En primer lugar, es emprendedor. Eso es algo que sabemos todos. Recursero y creativo, el peruano busca oportunidades donde pueda y si no encuentra, se las inventa. Luego, para que este negocio pueda florecer, ¿qué se necesita? Un estado que afloje la soga en vez de ahogar a quien quiera arriesgarlo todo para salir adelante. Y finalmente tenemos a la familia como protagonista. No solo es el eje de la sociedad, sino que es el motor y motivo, como dice la conocida canción del Grupo 5, que despierta la fuerza imparable de los peruanos para salir adelante.

Con la familia en mente para cumplir sus sueños, Rafael entró a trabajar en la transformación digital de Alicorp, conectando toda la información por módems y redes internas. Ahí tenía 24 años. “Sin darme cuenta”, me dice, “el cargo que me habían dado era Vicepresidente de Créditos y Cobranzas. Yo no sabía el puesto al que había entrado. Pasaron tres días y no tenía tareas asignadas. Yo estaba preocupado. Don Manolo me dijo: ‘Te contraté para que encuentres problemas y soluciones. Búscalos.’. Tal vez eso resume a Rafael en su capacidad de gestión. Es un buscador de problemas y soluciones.

## MI GALLO ES EL CHANCHO

“Fui a pedir consejo a un ejecutivo del Wiese, un hombre mayor, muy sabio, que era como un mentor. Parecía Yoda”, me dice riéndose. “Momento, ¿Rafael es fan de Star Wars?” me pregunto a mí mismo. Me provoca parar la entrevista y ponernos a hablar de la mejor saga las galaxias. Tantos paralelismos que se podrían hacer con el imperio, el lado oscuro y el uso de la fuerza para el bien. “Entrénate para dejar ir todo lo que temes perder”, es mi frase favorita de Star Wars. Desapegarse de los resultados, aceptando que el cambio es constante y concentrándose en lo que uno puede controlar. ¿Es Porky un jedi? Otro día le preguntaré. Dejo que continúe con la historia sobre su mentor. “Él me hizo trabajar en tres áreas distintas para entender los procesos desde adentro. Me ayudó a darme cuenta de que yo ya sabía lo que tenía que hacer, porque ya lo había hecho antes en el Banco Wiese”. Qué importante es tener mentores capaces de despertar nuestro mayor potencial.



*«Fui a pedir consejo a un ejecutivo del Wiese, un hombre mayor, muy sabio, que era como un mentor. Parecía Yoda», me dice riéndose.»*

CAPÍTULO 7

**¿QUIÉN CREES QUE TRAJÓ LOS TRENES?**

Hace un tiempo tuve la oportunidad de hospedarme en el Belmond Andean Explorer, un tren con recorrido de Cusco a Puno y de Puno a Arequipa. Digo “hospedarme” y no “subirme” porque los trenes son todavía el único medio de transporte que, a mi parecer, son más que un medio y se convierte en una ocasión. ¡Y qué ocasión tuve!

Por los azares de la vida y del corazón fui invitado a disfrutar de esta experiencia única. En un principio no sabía a qué estaba yendo. He ido a Cusco una docena de veces y nunca se puede uno cansar de la ciudad imperial, pero viajar en el Andean Explorer es digno de incas y reyes.

Mi sorpresa fue aún mayor cuando tiempo después conversaba con Rafael sobre sus inicios empresariales y yo mismo le mencioné la experiencia que no tanto antes había disfrutado. “¿Quién crees que trajo los trenes?”, me preguntó sonriendo con cierta picardía. Mis ojos se extendieron como platos en señal de interrogación sorpresiva. “¿Cómo así?”, quise saber. Definitivamente había una historia detrás. “Todo comenzó cuando fui a Glasgow”, empezó Rafael. Esta historia empezaba en Escocia y terminaba en Puno. Lugares separados por continentes, pero caracterizados por una geografía agreste que ha moldeado el temple de sus ciudadanos.

A finales de los años 80, Rafael López Aliaga viajó a Glasgow con el afán de vender acciones de la bolsa de valores de Lima. Eligió Escocia porque, históricamente, los países que mejor conocían al Perú eran Estados Unidos y Reino Unido. Incluso los británicos estuvieron más presentes en nuestro territorio durante el siglo XIX y XX. “Los gringos fueron llegando después y ahora los chinos son nuestros principales socios comerciales. La relación peruano-británica, entonces, era tanta que en un punto hubo conexión portuaria entre Iquitos y Liverpool”, explica RLA. “Iquitos y Liverpool”, pienso mientras inevitablemente se me viene a la mente un John Lennon charapa, subido en una mototaxi.

Escocia queda al norte de Gran Bretaña y los trenes que llegaban a Glasgow eran unos trenes de lujo, similares a los del conocido Orient Express, el tren que recorrió de París a Estambul desde 1883 hasta el 2009. Lo primero que pensé cuando subí al Andean Explorer era el parecido que tenía con la interpretación cinematográfica de la novela de Agatha Christie, Asesinato en el Orient Express. “Ojalá que no maten a nadie”, pensé. Curiosamente, Rafael me hizo la misma broma cuando me contó de su primera experiencia en estos encantadores trenes que dan la sensación al

## MI GALLO ES EL CHANCHO

pasajero de estar viajando a una escuela de magia y hechicería. “Tenía que traer los trenes al Perú”, me cuenta. López Aliaga fue a vender acciones y terminó comprando trenes.

Rafael cuenta que, cuando él llegó al negocio ferroviario, la vía férrea entre Cusco y Machu Picchu estaba completamente deteriorada. Explica que los rieles habían sido robados y que las estructuras de soporte —los durmientes y el balasto— prácticamente no existían. “Durmientes son las maderas que van perpendiculares al riel y balasto son las piedras trituradas que se encuentran en las vías”, fue lo que me dijo cuando notó en mi cara que no compartíamos el mismo conocimiento ferroviario. “Solo había dos fierros sobre tierra suelta. El tren se descarrilaba continuamente y no podía superar los 8 km/h”, continúa explicando. En esas condiciones quién iba a querer subirse.

De joven se fue de mochilero a Machu Picchu, caminando 10 km llenos de peligros. “Ni Indiana Jones lo hacía”, sostiene medio en broma por lo precario que era el camino antes. El tren, además, el único tren que había para llegar a la Maravilla del Mundo peruana era de pasajeros y de carga en simultáneo. “Había animales en el vagón. ¿Te imaginas a un gringo queriendo venir así?”, sostiene Rafael. “Estaba yo parado al costado de un chancho. ¡Porky con un chancho!”, dice riéndose. Gracias a Rafael, el tránsito turístico de Machu Picchu creció inmensamente. Pasó de 40 mil visitantes anuales a casi 5 millones de personas. “No había nada”, afirma. Porky instaló hoteles de 5 y 6 estrellas en Cusco y Urubamba. Uno de sus hoteles se lo compró a un uruguayo a pesar de que tenía una deuda de 8 millones de dólares. Él pagó un millón y asumió el resto, financiado luego por el Banco Mundial con un préstamo a 20 años y 5 de gracia a 5% anual. Desde 1994 Rafael se convirtió en cliente del Banco Mundial en operaciones que suman hasta mil millones de dólares.

“El Perú tiene tantas cosas maravillosas, pero el mundo no las conoce”, declara. “Muchas veces lo que le falta es un mediador que sepa hacer las cosas bien”. “¿Tú eres ese mediador?”, le pregunté. Rafael se quedó pensando un segundo. “Sí”, dijo finalmente. En más de una ocasión he visto un comportamiento semejante en él. Sabe que hablar con la verdad puede pasarle, injustamente, la factura de soberbio. “Cuando hablo es porque sé. Si no, me quedo callado”, me dijo una vez. Porky es trenero, hotelero y, sobre todo, gestor. A veces veo una cara de frustración que se desvanece luego de encomendar a todos los santos para que le den la paciencia necesaria de aguantar a quien cuestione su pericia.

En 1994 él ingresó al sector hotelero, sabiendo que la empresa ferroviaria estaba quebrada. Más adelante, en 1999, compró la operación y comenzó a cambiar todos los rieles, recuperando incluso una antigua ruta entre Cusco y Puno. “La inversión total en mantenimiento superó los 1000 millones de dólares, una infraestructura que finalmente queda para el Estado peruano, porque es como hacer una carretera y no recibir ni las gracias”, explica Rafael, a quien no le han dado ni las gracias por esas vías, pero parece no molestarle.

Rafael recuerda el clima terrible de Glasgow. Nunca he estado tan al norte de Gran Bretaña, pero a esos escoceses no se les reconoce por ser débiles. Imagino que el viento debe ser un golpe duro en la cara y uno debe invocar a su William Wallace interno para poder sobrevivir. En su afán de vender acciones peruanas fue a tocarle la puerta a quien quisiera comprarlas. Nuevamente se topó con el desconocimiento del país. No estábamos en el radar. Recuerda haber ido a uno de los fondos escoceses más antiguos, el Scottish Widows fund, o el fondo de escocesas viudas. “Pensé que me iba a encontrar a un grupo de viejas, pero era una cosa enorme”, recuerda con gracia López Aliaga. Allí presentó una cartera de acciones peruanas con bastante entusiasmo. Por entonces se esperaba

## MI GALLO ES EL CHANCHO

que Mario Vargas Llosa ganara la elección. Creo que hasta Fujimori pensaba que iba a ganar Vargas Llosa y tal vez en espíritu ganó. El nobel peruano venía con ideas liberales que permitirían destrabar la economía peruana, emulando el modelo chileno, quienes de la mano de los Chicago Boys (alumnos de Milton Friedman) fueron responsables del “milagro chileno”. El gobierno muy dogmático a la izquierda de Alan García había dejado el país en añicos. Pero cuando estás en el hoyo, no hay más lugar para moverse que hacia arriba. Rafael vio una oportunidad para traer inversiones al Perú y llevó inversiones como CPT (Compañía Peruana de Teléfonos). Lamentablemente se topó con la realidad: los fondos grandes no hacían compras menores a los 5 millones de dólares y la cartera de Porky más parecía una alcancía de medio millón. Igual los enamoró y aceptaron comprarle su presentación “por el viaje que había hecho”, describe Rafael. “Yo fui creyéndome un magnate y me sentí como un vendedor de chaquiras”. Años después, esos fondos terminaron invirtiendo hasta 50 veces más en el Perú y se volvieron sus clientes.

Rafael pronosticó que las acciones en el Perú se multiplicarían por 20, basándose en ratios como EBITDA y price-earnings. Pero eso no fue todo, convenció a los inversionistas de viajar a Lima, donde vieron la oportunidad de crecimiento en la bolsa peruana, aunque con miedo por el terrorismo. Han pasado 35 años y el Perú no ha logrado aún tener una estabilidad de seguridad. Los pasamontañas de los terroristas de Sendero Luminoso y el MRTA han sido reemplazados por sicarios y extorsionadores. El modus operandi del pasado se ha vuelto el modus vivendi del presente. ¿Eso los hace menos terroristas? “Así como en el pasado, lo que el país necesita es mano dura”, dice RLA. “Es la única forma de ganar esta guerra contra los criminales”. “Un Estado que no puede garantizar seguridad es un Estado fallido”, sentencia.



*«¿Quién crees que trajo los trenes?», me preguntó sonriendo con cierta picardía.»*

CAPÍTULO 8

**LO MANDÉ A LA CON...**

“Pelton, Francis y Keplan”, me dice Rafael. “Anota bien”, precisa. Podrían ser nombres de perros, pero son tres tipos diferentes de turbinas. Porky, al parecer, no solo es trenero, hotelero, gestor, desarrollador inmobiliario, sino que también es diseñador de turbinas. ¿Qué más sabe hacer este señor? No me sorprendería si secretamente es campeón de DOTA, Call of Duty o al menos Mario Kart.

Al parecer, como me relata, en su paso por la Universidad de Piura estudió diseño de turbinas. “Son cuatro horas necesarias para terminar un diseño”, detalla. “Eso es lo que duraba un examen”. “¿Cuánto te sacabas?”, le pregunto. Me mira con cierta soberbia agraciada y fraternal, permitida entre amigos. Hasta que dice: “¿Cuánto crees? 20, pues”.

Este conocimiento le fue de suma utilidad más adelante para buscar el desarrollo hidroeléctrico del Perú, aunque también le traería enormes frustraciones. Nuevamente causadas por las barreras burocráticas o cleptocráticas del gobierno. La historia sin fin. La hidra de mil cabezas que parece imposible vencer por completo.

En los años 90 trabajó recorriendo todo el país, buscando el desarrollo de proyectos hidroeléctricos. “Fui hasta lo más alto”, me cuenta. “Este chanchito subió hasta 3800 metros de altura”, detalla riéndose. A lo largo de las conversaciones se refiere a sí mismo con las características porcinas asociadas a su apodo, aunque cuando me habla de tiempos más remotos, previos a su pasado político, también se ve a sí mismo como un cuy. Cuando lo recibieron en Nueva York o en Glasgow, “levanté mi patita de cuy para hacer unan pregunta y se sorprendieron”, relata con gracia. Ahora este chancho se quería meter al río de cabecita.

El río no solo permite la producción de energía por la corriente, sino que trae consigo otras riquezas: el oro. “Ahí las comunidades recogen de los ríos pequeñas pepitas de oro que venden a bodegueros. Es como la fiebre de oro del viejo oeste, en EEUU”, compara López Aliaga. Lo curioso es que los bodegueros funcionan como unos banqueros rurales, algo no tan distinto a lo que sucede en la ciudad, donde las bodegas fungen de lugar de encuentro, supermercado, ventanilla bancaria y más. Es un pilar de la propia comunidad.

A uno de los lugares donde pudo “escalar” Rafael fue al distrito de Coasa, en la provincia de Carabaya, en Puno. “Ahí es de donde vino el fotógrafo Martín Chambi”, dice Rafael, orgullosos de

## MI GALLO ES EL CHANCHO

aportar con datos curiosos que enriquezcan el relato. Lo menciona porque actualmente hay una hidroeléctrica en la región, pero no siempre fue así.

Actualmente, San Gabán es la Central Hidroeléctrica más importantes del sur peruano. Ubicada en la provincia de Carabaya, en Puno, muy cerca a la cuna del mencionado fotógrafo. El proyecto lleva el nombre por el río San Gabán que recorre toda la zona. Es un afluente de montaña que desciende desde la cordillera oriental con un volumen constante y un fuerte desnivel, ideal para la generación eléctrica.

El plan que quería llevar en los años noventa era sencillo: quería destinar el 20% de las utilidades de las hidroeléctricas a la comunidad. Sin intermediarios. Este aprendizaje lo sacó de su pasado por la universidad pública Pedro Ruiz Gallo, donde los dirigentes se hacían pasar por representantes de los estudiantes, pero en la práctica buscaban beneficios personales. Convocaba asambleas públicas para preguntar “¿Qué quieren? ¿Colegios, hospitales, agua?”. “Así es más fácil”, me dice Rafael. La gente debate, vota y elige. Nada de sorpresas. Y lo logró.

En los 90s Rafael trajo una empresa nórdica con la que construyeron 7 plantas hidroeléctricas. “Los nórdicos son los reyes de la energía renovable y yo los traje”, cuenta López Aliaga. Se infla de orgullo cuando relata estas hazañas que no están escritas en los anales de la historia. Yo sé que él no trabaja por el reconocimiento, pero al final también es un hombre de carne y hueso, Disimula bien esa molestia.

“Tenía a 80 personas trabajando en 7 plantas a la vez”, continúa el relato. Su objetivo era poder exportar energía a Brasil para el año 2000. Rafael tenía la proyección y la estrategia de sacar 1000 megavatios de capacidad instalada por cada una de las plantas del río Huaura. Para poner en contexto, en la actualidad de las casi 200 plantas hidroeléctricas, la de mayor capacidad es la central Santiago Antúnez de Mayolo, en Huancavelica con 798. Antúnez de Mayolo, antes de que vayas a buscarlo en Google, es considerado el padre de la hidroeléctrica en el Perú. Nació en Ancash en 1887 y fue un hombre adelantado a su época. Es, hasta ahora, el único peruano en haber sido nominado a un nobel científico (Física, 1943).

Todo avanzaba con la fuerza de un gran caudal para Rafael y para el desarrollo hidroeléctrico del Perú, pero el final no fue feliz. Llegó la cochinateda. Al año 99, el proyecto de Rafael necesitaba una licencia para poder operar. Una licencia del Estado. A finales del siglo pasado, luego de que Fujimori nos sacar de una crisis económica y de seguridad desastrosa, comenzaron los excesos y la corrupción. “Llegó un emisario que dijo que venía de parte del doctor”, cuenta Rafael. Por supuesto que no se trataba de un odontólogo, pero vino a sacarle las muelas. “100 mil dólares querían”, dice López Aliaga frustrado. Y molesto. Molesto, no solo por lo que él acabó perdiendo, sino por lo que perdió el Perú. Al emisario del “doc” le dijo que no así que insistieron y esta vez fue un ministro quien lo sacó a almorzar. Querían endulzarlo y convencerlo de que juegue con ellos. “Ni hablar. Ni loco”, narra Rafael mientras las emociones iracundas vuelven con la memoria. “Me paré y lo mandé a la conchasumadre”.

Este impedimento burocrático no hizo mucha gracia a los nórdicos quienes no estaban dispuestos a ceder ante la corrupción, pero tampoco a perder su inversión. Rafael tuvo que asumir toda la culpa por la incapacidad de gestión del gobierno y su relación con los escandinavos se enfrió. Dos años después, se acabó la corrupción y llamaron a Porky para retomar los proyectos. Rafael sabía que su

## MI GALLO ES EL CHANCHO

relación con los nórdicos estaba deteriorada, así que les cedió su participación como muestra de afecto para que volvieran a retomar el trabajo. Estuvo dispuesto a perder para que el país ganara.

Pensé que el tema estaba zanjado, pero Rafael me interrumpió. “Y esa no fue la única vez que me fregaron”, atropelló. Además de no reconocerle lo que hizo por los trenes, el sector turismo y el hidroeléctrico, hubo otra vez en que le cortaron las alas a este chancho que quería volar.

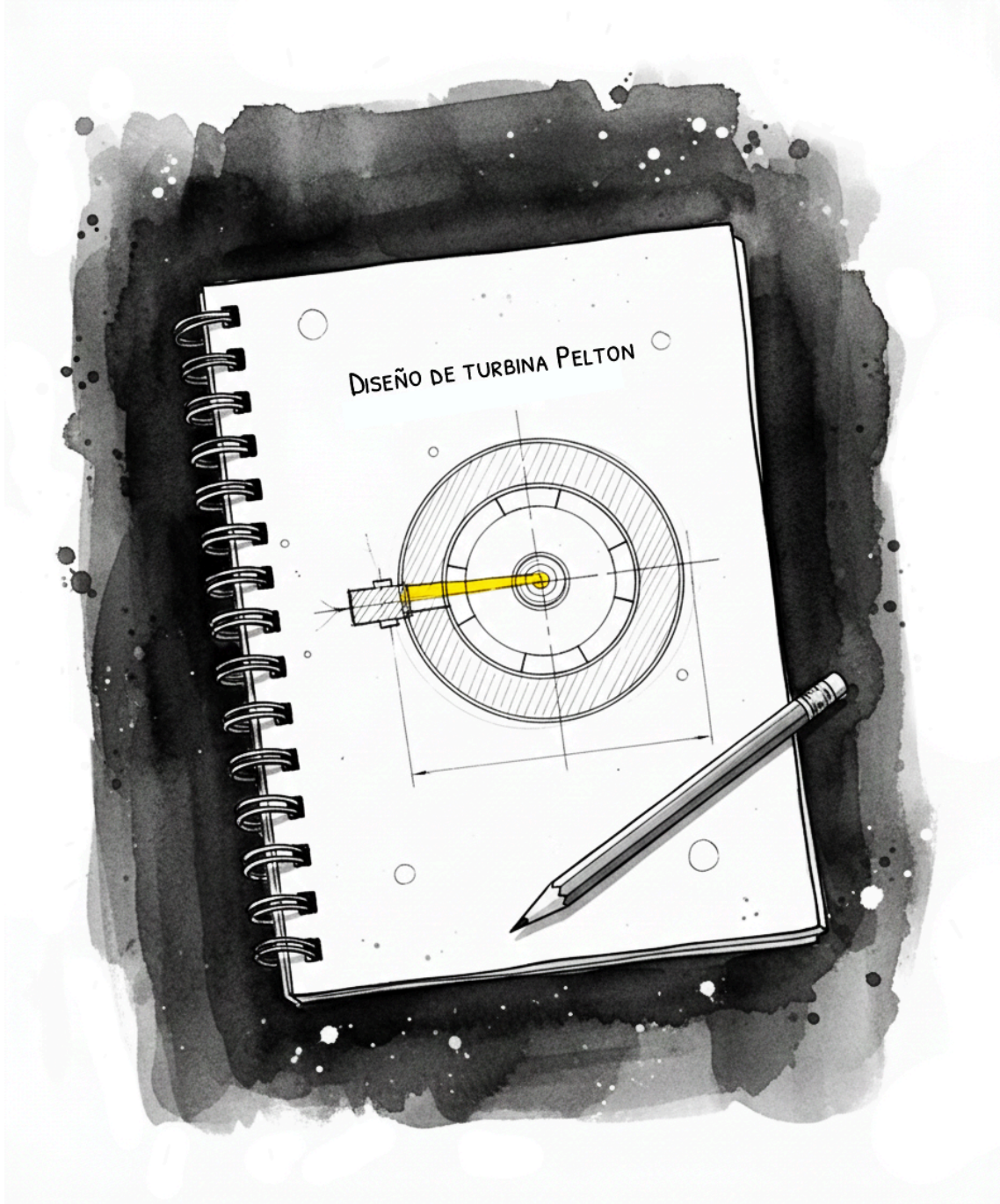
“Billetera digital”, me dice Rafael levantando las manos como cogiendo las palabras que acaba de pronunciar y estirándolas en el aire. “¿Tipo Yape?”, le pregunto. “¡Yo lo pensé hace más de 20 años, pero la SBS no quiso perjudicar al oligopolio financiero!”

Algunos recordarán que en el cambio de siglo había un negocio tan moderno que parecía estar destinado a la perpetuidad: las cabinas de internet. Acceder a internet no era cosa fácil. No había smartphones. Había Nokia con el juego “snake”. El internet en casa no estaba desplegado a nivel nacional y el internet en casa, además de caro y lento, se veía interrumpido con una llamada telefónica. Es impresionante que si ahora se cae Instagram por 10 minutos la gente se vuelve loca, pero antes era habitual esperar 15 minutos para descargarse una canción. O 36 horas por una película. Por eso aparecieron las cabinas de internet.

El emprendedor López Aliaga vio el auge del internet como un negocio para hacer crecer su pequeño emporio de cabinas allá por el 99. Pero luego de analizar el hábito de las personas se dio cuenta de una oportunidad aun mayor. Miles de personas entraban y salían de sus cabinas para usar internet por 10, 15, 30, 60 minutos, dependiendo el uso en particular. Pero todos pasaban por su cabina. “Eran mis agencias bancarias”, me dice Rafael con tono de eureka. Su plan era crear un banco digital enfocado primero a un público digitalizado donde los usuarios usaran las cabinas como lugares de depósito y retiro. “Tenía un cajero automático en cada cabina. Había para depositar y retirar”, cuenta con pena su fallida idea. La cabina además fungía también de bodega, pudiendo atraer a un mercado más amplio. Pero la SBS no le quiso dar la licencia. “Imagínate lo que hubiera sido para los bancos que entre a competirles un banco digital”, dice Rafael abriendo los ojos. “Los fregaba, pues”.

En el mismo mes le negaron dos licencias. La de las hidroeléctricas y la financiera digital. “Fue el mismo emisario del doctor, dice Rafael. “Ahora se acogió a la colaboración eficaz y tiene dos yates”, cuenta frustrado. Qué lamentable que en este país se pueda robar sin piedad y, aun así, salir beneficiado.

Ahora entiendo más el mensaje anticorrupción de Rafael. A veces suena incendiario y puede parecer exagerado. Pero en realidad es experiencia. Es la herida que sigue abierta. Es la sabiduría del que ya fue aplastado por la feroz mano de la corrupción. Pero, sobre todo, es una advertencia. Porky no tolera corrupción y no teme cortarle la cabeza a quien pretenda romperle la mano.



*«Porky, al parecer, no solo es trenero, hotelero, gestor, desarrollador inmobiliario, sino que también es diseñador de turbinas.»*

CAPÍTULO 9

**EL CÍRCULO**

Cada vez que he ido a su oficina siempre están las mismas personas que trabajan para Rafael. Son personal de su confianza. Una persona de su categoría no puede andar con cualquiera, tiene que estar absolutamente seguro de la lealtad de la gente que lo rodea. Desde el portero hasta el joven que trae las gaseosas y lo mismo con su personal de seguridad, a quienes ya he ido conociendo estos últimos meses de conversaciones amenas.

A veces, como he relatado, Rafael López Aliaga se demora en llegar y yo, de chismoso, también le he ido haciendo unas preguntas a su personal. Una cosa es la persona que veo y la otra puede ser la persona que ven los demás. Aunque en este caso es un solo Rafael López Aliaga. No hay máscara, no hay careta, no hay intento de quedar mejor. Él es como es y la gente cercana lo quiere así.

Su equipo de seguridad está compuesto, principalmente, por marinos en condición de retiro. Los marinos no solo tienen el temple de acero, sino que son entrenados en combate, en inteligencia y preparados para lo que pueda venir. Siempre. Alguna vez escuché a Rafael bromeando sobre su seguridad porque usan códigos como “águila 1”, “halcón 2”, etc. “Ustedes son unos pichones”, les dice Rafael riendo. Hay confianza entre ellos. Hay años entre ellos. Hay amistad entre ellos.

Pero el equipo no está completo y lamentablemente nunca lo volverá a estar. Luis Fabián era su antiguo jefe de seguridad. Por años venía protegiendo a Rafael y previendo hasta lo imposible con tal de que su vida e integridad no corrieran peligro. Era un hombre fornido, intimidante y de gran corazón. Así lo he podido ir retratando por el recuerdo de quienes gozaron de su amistad. “Él sí era un verdadero águila”, me dijo Rafael cuando le pregunté por él.

Fabián tuvo cuatro hijos. “Yo lo animé a que tuviera familia numerosa”, me cuenta. Años resguardando a Rafael, imagino que de mucho deben haber conversado. Los valores de RLA se deben haber impregnado en él y tener familia es algo que todo hombre conservador debe anhelar.

“Era como mi hermano y falleció de Covid”, cuenta López Aliaga. Luis Fabián era tan fuerte que siguió trabajando sin darse cuenta de que estaba grave. Recio como marino siguió para adelante como su entrenamiento le comandaba. Pero nadie podía imaginar los alcances del virus, ni el terrible manejo de la pandemia de Martín Vizcarra. Murió en tres días en el Rebagliati. “Por eso odio a Vizcarra”, me dice Porky. “Por su culpa se murió mi hermano”.

## MI GALLO ES EL CHANCHO

Desde entonces Rafael siente que vive por él. “Él estaba dispuesto a dar su vida por mí. Yo tengo que hacer lo mismo por él. López Aliaga apoya a sus cuatro hijos y les paga la universidad. Suple el rol del padre que ya no puede estar. Ayuda al desvalido que necesita una mano porque su espíritu fraterno se lo encomienda. Este es Rafael López Aliaga: un hombre que siente el deber de ayudar. Noblesse oblige, dicen los franceses. Quienes tienen privilegios, riqueza o poder están moralmente obligados a actuar de manera honorable y responsable, especialmente ayudando a los menos afortunados.



*«Pero el equipo no está completo y lamentablemente nunca lo volverá a estar.»*

CAPÍTULO 10

**SOY ADICTO**

Hace algunos años se hizo viral una frase de Rafael López Aliaga donde él afirmaba que era adicto a la comunión. Que la perseguía como si fuera un vicio. Esto, por supuesto, no fue de mucho agrado para nadie. Porky lovers y porky haters se sorprendieron por igual. La izquierda utilizó esta declaración para tratar de construir un personaje negativo, de dudosa procedencia, lleno de vicios y contrario al ícono que Renovación Popular quería alzar alrededor de su líder: un hombre impoluto. Pero como mucho en esta vida, en este país y, sobre todo, en este tiempo, el comentario fue sacado fuera de contexto. “Soy adicto”, me volvió a confirmar López Aliaga. “Pero es necesario explicar por qué”.

Esta historia se remonta a las elecciones generales pasadas de 2021. Una campaña electoral bastante reñida, polarizada y atomizada que vio crecer a la ola celeste de Renovación Popular poco a poco hasta llegar al tercer lugar en la primera vuelta. Apenas un año antes, López Aliaga había formado el partido Renovación Popular de los cimientos de Solidaridad Nacional, con algunas modificaciones de forma y fondo que ya he explicado líneas arriba. En ese entonces, Porky no era una figura muy conocida en el ámbito mediático. Recuerdo con cierta gracia que la prensa caviar quiso desmerecer su esfuerzo de ser presidente, alegando la vieja (y falsa) perorata de que el Perú no es conservador y de que un candidato con los valores inamovibles era muy extremo para el electorado nacional. El tiempo no les dio la razón.

Poco a poco fue subiendo en las encuestas. Poco a poco lo invitaban más. El gordito rosado generaba curiosidad en la población. La prensa, tanto la caviar como la decente, ya no podían esconder su innegable probabilidad de ser elegido presidente. Además, que daba rating porque hablaba desde el corazón o a veces desde el hígado, pero era un discurso original. “No entra en huevadas”, recuerdo escuchar decir a muchos 5 años atrás. Y justamente fue en una extensa entrevista con un periodista donde surge el episodio de la adicción.

“Antes él me odiaba”, me cuenta Porky haciendo referencia al conocido periodista que le sacó con cuchara la susodicha frase. “¿Por qué te odiaba?”, le pregunté. “Ve tú a saber”, me respondió. “Creo que pensaba que yo odiaba a los homosexuales y me odiaba por ese prejuicio”. Rafael tiene familiares gays y nunca los ha querido menos o más por su sexualidad. “Pasan navidad conmigo”, me cuenta. “Son personas exitosísimas a quienes les tengo muchísimo aprecio, pero les tengo aprecio porque son mi familia y porque son unos capos. Su vida privada no me interesa”. Lamentablemente hay quienes creen que si no se aplaude la sexualidad ajena se está incurriendo

en un discurso de odio o acto discriminatorio. Y hay quienes por miedo a la cancelación terminan claudicando ante la moral de moda, aceptando estas condiciones.

López Aliaga y el periodista tuvieron varias entrevistas ad portas de la primera vuelta, pero ni una tan larga como la que fue en 2020. Tres días seguidos. Desayuno, almuerzo y cena en un vagón atravesando la sierra sur del Perú. “Creo que logré que me entendiera y dejó de odiarme”, detalla Porky. “Ahora nos llevamos bien. Al menos de mi lado”. Pero evidentemente eso no fue el quid de toda la conversación. Ni tampoco de este capítulo.

“Yo no creía en la confirmación”, me dijo Porky quien tuvo que asentir vehementemente al ver mi cara de incertidumbre. “Recién me confirmé a los 22 años”, continuó con el relato. “¿No se confirmó a los 16?”, pensé con suma sorpresa. Yo imaginaba a Rafael siendo monaguillo y luego ascendiendo a colector para pasar con la cesta de ofrendas. Y me lo imaginaba primero de la fila en su colegio yendo a confirmar su fe con el sacrosanto sacramento. “Era el primer puesto y me dieron el premio excelencia. Pero no me confirmé”, detalla RLA afirmando que su negatoria había causado una conmoción en el colegio. “Tenía muchas dudas y tenía que estar seguro”, me dice. “Recién a los 19 años empecé a encontrar respuestas”. Mucha gente se confirma por cultura más que por fe. Por tradición y no por convicción. Rafael López Aliaga quería estar seguro. “Hasta para la fe hace el due diligence”, pensé.

Antes de cumplir los 20, López Aliaga todavía estaba en Piura y logró satisfacer su inmensa curiosidad en materia de la fe y la religión con un sacerdote piurano. “Encontré a uno que me tuvo paciencia, porque me dediqué 60 horas a hacerle preguntas”, precisa Porky. Rafael quería entender el sentido de la libertad humana desde una óptica religiosa. No es el primero en hacerse esta interrogante y seguramente no será el último. San Agustín escribió del tema en de libero arbitrio. Santo Tomás hizo lo mismo en Suma Teológica. Y hace no mucho, el recientemente canonizado san Juan Pablo II contribuyó al tema en sus encíclicas Veritatis Splendor y Fides et Ratio. “¿Qué fue lo que aprendiste?”, le pregunté. Rafael pensó un momento antes de comenzar:

“Dios permite que nos podamos indultar o jodernos la vida. Porque si Dios aparece o interviene, le quita la libertad al ser humano y le quita el mérito. El mérito es el acceso al cielo, que es usar para bien la libertad”. Nos quedamos en silencio unos segundos. “Esto que te acabo de explicar se puede explicar en 5 puntos”, continuó Porky para asegurarse de que la idea no se quedara en el aire.

1. Dios permite el bien y el mal personal
2. La no intervención divina protege la libertad
3. La libertad es condición del mérito moral
4. La salvación está ligada al mérito
5. El cielo se alcanza usando bien la libertad

Imagino que a muchos jóvenes les surge esta interrogante. Si Dios es bueno, ¿por qué permite el mal en el mundo? Pero no es que permita el mal porque sea malo, sino porque permite al hombre elegir entre hacer el bien y hacer el mal. Entender esa diferencia le abrió el camino de la fe a Rafael. Un camino que forjó su vida personal, profesional y política. Y ahí es cuando viene la “adicción”.

Durante la mencionada entrevista de 3 días por los andes peruanos, el periodista notó que Rafael comulgaba todos los días. A pesar de no ir a misa, tomaba el sacramento religiosamente. Esto llamó su atención como llamaría a cualquier otro. No es tan usual que alguien tome la Carne de Cristo de manera diaria. Al menos no es tan común como debería.

“¿Qué te mueve comulgar a diario?”, preguntó el entrevistador. “Soy adicto”, respondió Rafael López Aliaga. “Eso causó conmoción”, relata Porky haciendo referencia a lo que trascendió después de la entrevista. El candidato conservador religioso decía ser adicto. Los medios lo plasmaron como un monstruo, como un vicioso, como un extraño.

“Es una adicción válida”, me explica Rafael. “Soy adicto a la Eucaristía”. López Aliaga acude a la eucaristía de manera diaria porque no se halla sin ella. No se halla sin Dios. Marca los días en el calendario, pero solo los días donde comulgó. Un día sin Dios no vale. “No soy yo”, me dice RLA. Rafael confiesa que le da una energía sobre natural para poder cumplir con todas sus metas del día.

El periodista, intrigado, le preguntó si él también podía comulgar o si necesitaba purgar su conciencia con un cura. Temiendo que incluso más adelante volviera a pecar. ¿Cuál es el sentido de la comunión y del arrepentimiento si luego vuelve uno a incidir en el pecado?

En el cristianismo, la confesión no funciona como un juicio penal, sino como un acto de verdad. Para confesarte no basta con enumerar faltas, porque lo esencial es el arrepentimiento sincero. No la perfección futura, no la promesa de no volver a fallar. Porque eso nadie puede garantizarlo. “Dios sabe que somos pendejos y que puede que la volvamos a cagar”, me dice Rafael. “Eso no quita que uno pueda arrepentirse en el momento de lo que ha hecho”. Es el reconocimiento honesto del error en el presente.

La misericordia divina es superior a la justicia humana. No la anula, pero la trasciende. La justicia mide, calcula, castiga; la misericordia conoce la fragilidad del hombre. Por eso la misericordia es un atributo de Dios que va más allá de la justicia: no porque Dios sea injusto, sino porque conoce mejor que nadie la condición humana.

En el mundo civil, confesar un asesinato te lleva a la cárcel. Y está bien que así sea: la sociedad necesita orden, responsabilidad y sanción. Pero ante Dios, la confesión no busca castigo, sino redención. No se trata de escapar de las consecuencias terrenales, sino de restaurar el vínculo roto entre la criatura y su Creador. Son planos distintos que no se contradicen.

Cuando uno se arrepiente de verdad, en ese mismo acto ya hay una transformación interior. No significa que la tentación desaparezca para siempre. Dios sabe que somos frágiles, contradictorios, torpes. Sabe, mejor que nosotros, que podemos volver a caer. Nadie puede asegurar que no va a equivocarse otra vez. Pretenderlo sería soberbia, no virtud.

Por eso la confesión no es un evento único, sino un camino. Caer, levantarse, volver a intentar. La misericordia no se agota porque el hombre reincida; se agota cuando el hombre deja de reconocer su culpa. Mientras haya arrepentimiento, hay posibilidad de perdón. No porque el pecado sea irrelevante, sino porque Dios es más grande que el pecado.

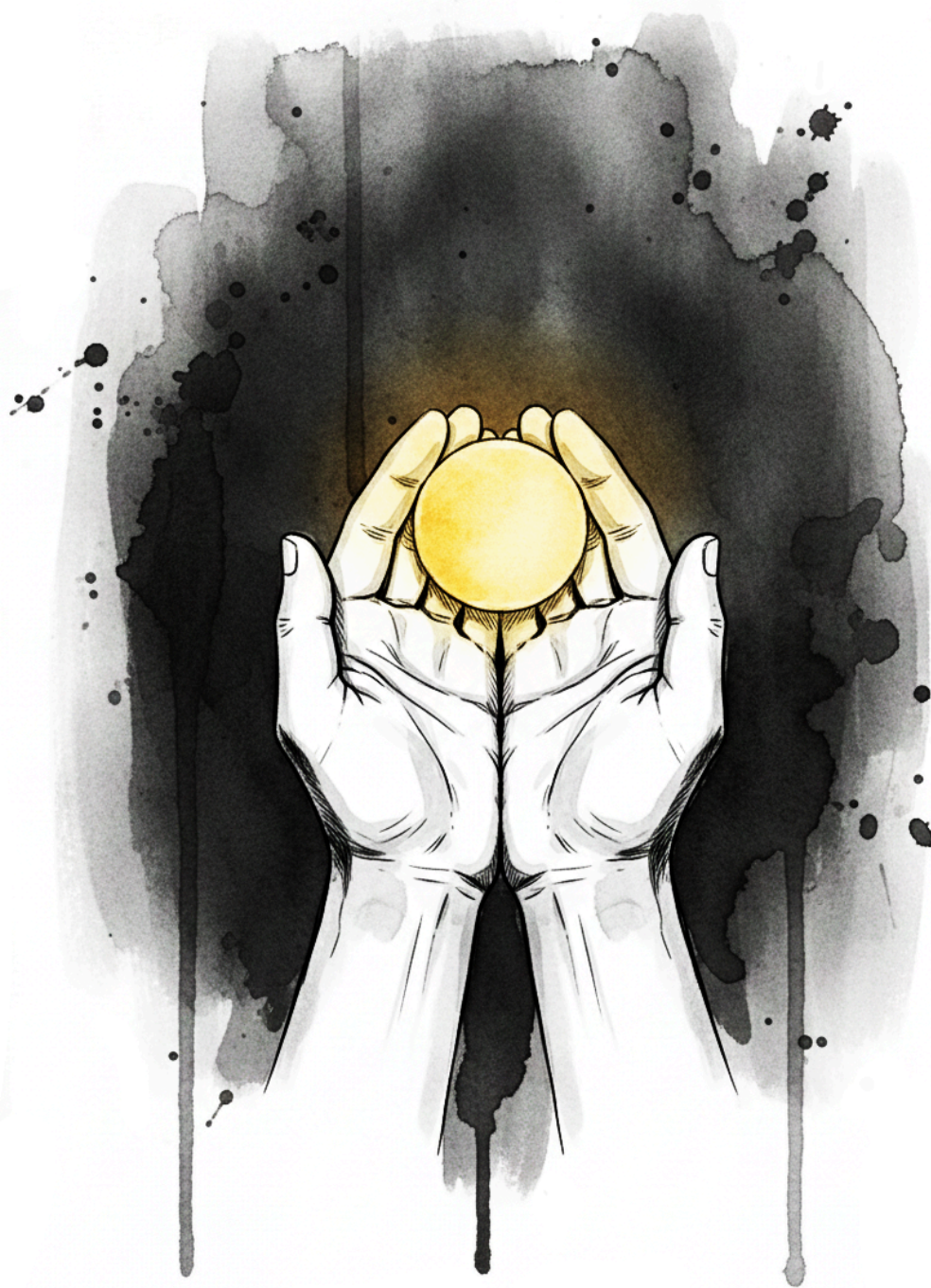
## MI GALLO ES EL CHANCHO

En el fondo, la confesión es un acto de humildad radical: aceptar que no somos autosuficientes, que no nos salvamos solos, que necesitamos ser perdonados una y otra vez. Y Dios, que no se escandaliza de nuestra debilidad, responde no con desprecio, sino con misericordia.

Ya terminamos nuestras sesiones. A Rafael le ha gustado mi trabajo. Se ha reído. Nos hemos reído. Nos hemos hecho amigos. Me ha contado mucho más que para estas escasas líneas. Ha sido un placer para mí conversar con él y conocer a la persona detrás del político. Ojalá más gente pudiera conocerlo a profundidad. Espero que estas líneas, aunque cortas, puedan ayudar a otros a darle mayor profundidad a López Aliaga. Estoy seguro de que llegarían a la misma conclusión que yo para estas elecciones 2026: “Mi gallo es el chancho”.

“Si ganas hacemos una versión más extensa”, le digo a Rafael. “¿Si gano?”, me responde Porky con una amenaza fraternal en la cara. “Cuando ganes”, le digo riendo. Se ríe también. Me gusta que nuestra despedida sea entre bromas. “Si gano”, vuelve a decir Rafael riéndose mientras me acompaña a la puerta de su oficina.

Bajo por última vez los dos ascensores de su edificio viejo al que le he agarrado cariño. Le doy la mano al guardián quien me despide con mucha gentileza y me voy caminando a mi carro. Miro por última vez el edificio. “Ya no hace tanto frío en Lima”, pienso. Y me voy.



*«Es una adicción válida», me explica Rafael. «Soy adicto a la Eucaristía».»*